

A. C. BALTON

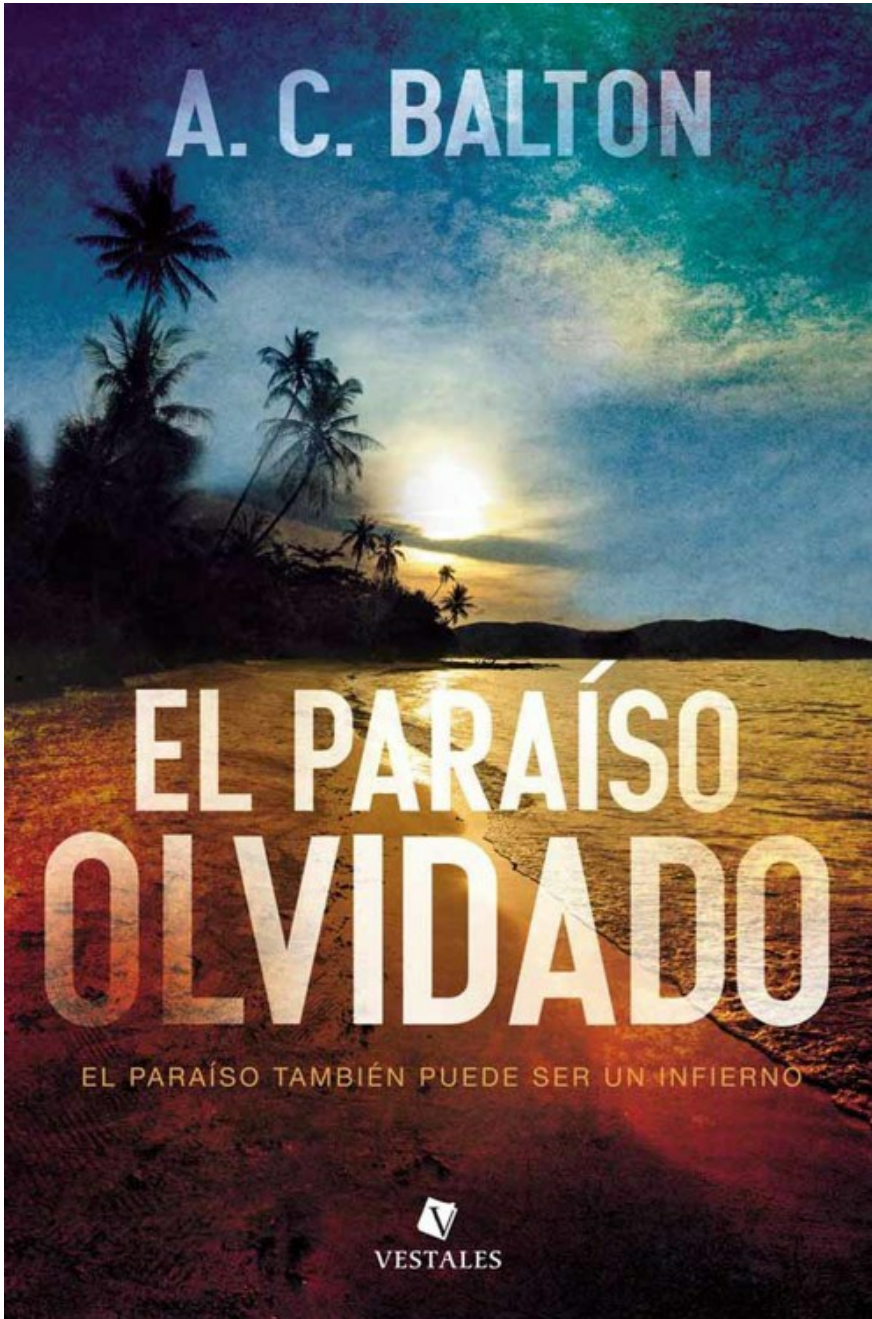
A tropical sunset scene with palm trees and a beach. The sun is low on the horizon, casting a golden glow over the water and sand. The sky is a mix of blue and orange. The palm trees are silhouetted against the bright sky.

EL PARAÍSO OLVIDADO

EL PARAÍSO TAMBIÉN PUEDE SER UN INFIERNO



VESTALES



Balton, A. C.

El paraíso olvidado, 1.a ed., San Martín: Vestales, 2016.

E-Book.

ISBN 978-987-3863-37-0

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título CDD 863

© Editorial Vestales, 2016

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-37-0

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi marido, por hacer mis sueños realidad.

CAPÍTULO I

Julie Madison miró nerviosa la pantalla del GPS

del coche. Ese maldito aparato había vuelto a engañarla y de nuevo la había llevado a un callejón sin salida. Apagó la pantalla, enojada.

Estaba cansada después de un viaje en avión de cinco horas desde Los Ángeles y solo quería llegar a la villa que había alquilado, sacarse esos malditos zapatos de Jimmy Choo, cuyos tacos le destrozaban los pies, y darse un baño relajante antes de dormir durante las siguientes cuarenta y ocho horas.

Desesperada, detuvo el auto, sacó un mapa de la guantera, lo desplegó y lo miró con odio. Se contuvo las ganas de hacer una pelota con el estúpido papel y se limitó a cerrar los ojos y a contar despacio hasta tres para calmar la ira que poco a poco crecía en su interior.

Repasó la ruta que le habían marcado en la agencia de alquiler. Estaba segura de haber seguido bien todas las indicaciones que le habían dado, pero seguía sin llegar a destino. Ya iba a darse por vencida y regresar al pueblo para conseguir que alguien le explicase cómo llegar cuando vio a lo lejos un vehículo de policía que se acercaba. Avanzó con lentitud por la larga carretera hasta ponerse a su lado. Julie intentó mirar al conductor, pero los cristales oscuros se lo impidieron. Sin otra opción, se bajó del auto y esperó a que el misterioso conductor hiciese lo mismo.

Cuando se abrió la puerta, Julie se quedó con la boca abierta. Si todos los hombres de los alrededores se parecían a ese, iba a pasar un año muy movidito en Oahu. El policía era el típico hombre que habría hecho volver la cabeza a cualquier mujer. Tenía pelo negro y abundante con unas suaves ondas que le enmarcaban la cara, ojos azul cobalto que se destacaban sobre su piel morena y le acentuaban los hermosos rasgos, y labios carnosos que incitaban a pensar en sexo desenfrenado y en cómo sería aquel cuerpo desnudo y sudoroso después de un buen polvo.

Julie resopló de una forma muy poco femenina.

Llevaba demasiado tiempo de abstinencia sexual y eso empezaba a notarse en su mal humor.

—Buenos días, señorita. —El policía la miró despacio de arriba abajo mientras se detenía en cada una de sus curvas. Después esbozó una lenta sonrisa que hizo que a Julie le temblaran las piernas—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí. Busco la urbanización Haleakala.

En circunstancias normales, le habría regalado una sonrisa e incluso habría coqueteado un poco con el apuesto desconocido, pero había ido a Oahu a terminar su libro y a olvidarse de los hombres.

Lo que menos necesitaba en ese momento de su vida era meterse en otra relación destructiva que no la llevara a ninguna parte.

—¿Para qué quiere ir allí? —preguntó curioso—. Eso está casi abandonado.

Ella lo miró con impaciencia. No quería contarle a nadie, por muy bueno que estuviera, los pormenores de su vida.

—No es eso lo que me han dicho.

—¿Conoce al señor Strickland o a Ella Cooper?

—No. ¿Debería?

Él se encogió de hombros. Su expresión parecía seria, pero Julie podía notar cómo las comisuras de los labios se le curvaban con sospecha hacia arriba. Si no hubiese sido un agente de la ley, habría pensado que se reía de ella.

—Supongo que sí. Son las únicas personas que viven allí.

Julie se rindió a lo inevitable. Después de todo, sí que iba a tener que dar alguna explicación si quería que ese policía colaborase un poco y le indicase de una vez por todas cómo llegar a su destino.

—He alquilado una casa en la urbanización, así que parece que el sitio acaba de ganar una nueva vecina.

Él la miró con desconfianza. Le bastaba una simple mirada para saber que era una chica de ciudad. Su larga melena rubia, los *jeans* ajustados de Citizens of Humanity y los zapatos no le dejaban ninguna duda. Estaba dispuesto a apostar el salario de un mes a que esa preciosidad era de Los Ángeles. Solo las mujeres de esa ciudad eran capaces de llevar unos zapatos así de ocho centímetros con una temperatura de treinta y tres grados y un setenta y ocho por ciento de humedad.

—¿Va a quedarse mucho tiempo?

Julie empezaba a sentirse molesta con el interrogatorio y no dudó en hacérselo saber.

—No sabía que antes de instalarme tenía que dar cuenta a la policía de mis planes. Veo que se toma muy en serio su labor, agente... —Hizo una pausa a propósito para que él le dijese su nombre.

—Soy el comisario Fox, Marston Fox. Le pido disculpas por las preguntas, pero, como se podrá imaginar, la mayoría de los turistas que recibimos se quedan en Honolulu o en uno de los numerosos *resorts* de lujo que pueblan la isla. No suelen venir muchos visitantes a esta parte de la isla y mucho menos alquilar casas en una urbanización medio abandonada como Haleakala. A propósito, aún no me ha dicho su nombre.

—Julie Madison.

Ella le acercó el mapa para que pudiera darle las indicaciones. Marston sonrió antes de aceptarlo y le mostró los hermosos dientes de carnívoro. Ella lo miró y pensó en esos enormes tigres que salían en los documentales del canal Discovery. Él también parecía estar al acecho y a punto de cazar a su presa.

—Nosotros estamos aquí. —Le señaló con el dedo un pequeño punto—. Y usted quiere ir aquí.

Solo tiene que seguir todo recto por aquí y en la segunda rotonda tomar el desvío hacia la izquierda hasta el final de la ruta asfaltada. Después debe seguir la calle de tierra hasta llegar a la urbanización.

—¿Calle de tierra?—preguntó Julie, segura de haber entendido mal.

—Sí. ¿No le han informado que está a medio construir?

—Sí, pero supuse que los accesos ya estarían terminados.

Julie intentó asimilar las indicaciones en su cabeza, no parecía muy complicado, pero su sentido de la orientación era nulo y, por otro lado, tampoco le había parecido muy difícil cuando el chico de la agencia le había dicho cómo llegar.

El comisario se fijó en su cara de confusión y se apiadó de ella.

—¿Quiere que vaya delante para indicarle el camino? No está lejos.

Julie lo miró agradecida, pero su orgullo le impidió aceptar la generosa oferta.

—No, gracias. Creo que podré encontrarlo sola.

Lo miró una última vez y se subió al auto; deseó no haber sido brusca con él. Con las indicaciones de él llegó sin problemas hasta la entrada. Ante la primera mirada le dieron ganas de correr y alquilar una habitación en cualquier hotel de la zona. El lugar se emplazaba en un entorno idílico al borde de un acantilado, pero ahí acababan todas las cosas positivas que podía apreciar. Apenas había unas casas terminadas y el resto estaba a medio construir e invadido por todo tipo de maleza. Parecía una visión pos-apocalíptica de alguna mala película de clase B.

Se armó de valor, tomó el control remoto y abrió la puerta para acceder a la urbanización.

Apenas ingresó, vio que el camino se bifurcaba en dos más estrechos. Siguió de frente tal y como le había dicho el chico de la agencia de alquiler. A mano izquierda vio una casa terminada rodeada por otras sin acabar. De ella salió un señor de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y con una enorme nariz ganchuda que le hizo aspavientos con los brazos y le gritó de mala manera que detuviera el coche.

Julie bajó la ventanilla y una oleada de aire caliente la invadió.

—Señorita, esto es una propiedad privada, tiene usted que marcharse ya mismo de aquí.

Era obvio que el señor estaba enojado por la intromisión y su tono iracundo no dejaba ninguna duda al respecto. Su cara tenía un color rojo como la grana y una vena en la frente tan hinchada que Julie pensó que estaba a punto de sufrir una apoplejía.

—He alquilado la casa número veintisiete. — Le sonrió y aguantó las ganas de contestarle como se merecía. Si iban a

ser vecinos, era mejor que se llevaran bien—. Mi nombre es Julie Madison.

El hombre pareció tranquilizarse un poco con la explicación.

—Yo soy Tony Strickland, el cuidador. Si tiene algún problema, avísame: estoy siempre en casa o haciendo la ronda por la urbanización. Para llegar a la villa veintisiete, siga recto y, después de la primera curva, verá tres casas terminadas. La suya es la del medio.

Sin esperar respuesta, volvió a meterse dentro de la villa, pero antes de entrar se detuvo unos instantes y volvió a mirar a la muchacha para hacerle una advertencia.

—No merodee por el resto de las villas.

Podría ser peligroso para usted.

Julie sintió un escalofrío al percibir la amenaza velada en sus palabras. Su instinto le decía que Tony no le había hecho la advertencia para salvaguardar su seguridad. Escribir libros de misterio comenzaba a pasarle factura en la vida real: empezaba a ver conspiraciones en todas partes.

Arrancó el auto y siguió las indicaciones del hombre. Al llegar a la villa veintisiete, abrió la puerta del garaje y metió el coche dentro. Sacó las maletas y fue a abrir la puerta de comunicación con el interior de la casa. Giró la llave, pero no se abría, parecía atascada. Decidió dejar ese problema para más tarde y se dirigió por fuera de la casa a la puerta principal.

La entrada daba a un pequeño jardín rodeado por una valla que estaba tapada por unos enormes cipreses. En el medio había un sendero de piedra que conducía directo hasta la puerta de entrada. La casa era sencilla, acogedora y estaba

muy fuera de lugar en ese cementerio de cemento que la rodeaba.

Cuando entró, dejó las maletas junto a la puerta y fue a inspeccionar el resto de la casa.

Olía a moho y encierro, pero por lo demás era bastante linda y además estaba muy limpia. La entrada daba a un gran salón con unos enormes ventanales por los que se veía el pequeño jardín y la piscina al borde del acantilado, donde las olas batían con furia contra las rocas. Se tomó unos minutos para disfrutar de la vista antes de continuar con la visita. El salón tenía en un lado una barra de bar de madera maciza y detrás había un arco que daba a una pequeña cocina americana y al cuarto de la lavandería. En ese piso, además, había otras dos habitaciones con sus respectivos cuartos de baños y uno de servicio. Julie se enamoró de una habitación que tenía vista a la piscina, igual que el salón, y decidió instalar allí su despacho. En el piso de arriba había una habitación matrimonial enorme con vestidor y otro cuarto de baño, además de una enorme terraza con vista al acantilado. Después de ver el interior de la casa, se sintió positiva otra vez. A lo mejor, Harper, su editora, tenía razón y todo lo que necesitaba para volver a escribir era dejar el pasado atrás y empezar de cero en un sitio tan maravilloso como ese.

Fue al sótano para intentar abrir la puerta de acceso al garaje y descubrió que alguien había clavado unas maderas para clausurarla. No entendía por qué alguien había hecho una tontería semejante y anotó en su lista de las compras unas herramientas para sacar esas maderas.

Se dio una ducha rápida y se puso un cómodo vestido de algodón azul claro con unas sandalias.

En su nueva vida, la clave iba a ser, ante todo, la comodidad. Miró la cama con añoranza, quería descansar, pero te-

nía que ir al supermercado a comprar provisiones y productos de limpieza.

Agarró su bolso, las llaves del coche y se dirigió al pueblo más cercano.

Kaahumanu Bay era una población pequeña que apenas contaba con dos mil quinientos habitantes. Su editora le había explicado que le habían puesto el nombre en honor a Kaahumanu, la esposa preferida del gran rey Kamehameha, que se enamoró de las hermosas vistas de la bahía.

El pueblo tenía una plaza central en la que estaban el supermercado, la ferretería, una pequeña

cafetería

la

comisaría.

Un

estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando recordó su breve encuentro con el comisario, pero de inmediato lo apartó de su mente. Un hombre tan guapo como él seguro que estaba casado o tenía alguna novia celosa dispuesta a arrancarle los ojos a cualquier posible competidora que se le acercara.

Aparcó en uno de los muchos sitios libres que encontró frente al supermercado. Cuando entró, le pareció estar en otro mundo. Era pequeño, apenas ocupaba tres pasillos, y tenía un mostrador al fondo donde una extraña señora con el pelo muy cardado y teñido de rojo brillante la miraba fijo.

Julie le sonrió, tomó un carro y empezó a meter algunos productos de limpieza y comestibles. Los únicos caprichos que se concedió fueron unas cervezas y un poco de chocolate. Necesitaba levantar un poco el ánimo si quería empezar con buen pie. Cuando llegó a la caja, tomó la Vogue, un diario local y una revista de chismes. Puso todo en la cinta transportadora y la estrafalaria señora comenzó a pasar los códigos de barras por la máquina a paso de tortuga.

—Por los productos que llevas, parece que te vas a quedar aquí mucho tiempo.

—Sí, una pequeña temporada.

—¿Has alquilado una habitación en la casa de Nora?

—No, una pequeña villa en la urbanización Haleakala.

La señora puso cara de sorpresa.

—Eso está un poco alejado, querida. Nora alquila algunas habitaciones en el pueblo. Son un poco caras, pero están muy limpias y la comida es de lo mejorcito que hay por aquí.

—Lo tendré en cuenta —respondió sin saber muy bien qué contestar.

—¿Has venido por trabajo o a descansar?

Julie sonrió para sí misma. Ir a un pueblo pequeño donde la gente no la reconociera le había parecido una buena idea. Por desgracia, no había tenido en cuenta las ganas de sus habitantes de saber sobre la vida de los demás.

—Un poco de las dos cosas.

—¿En qué trabajas? —La señora no iba a dejar escapar a su presa sin haberse enterado antes de todos los succulentos detalles para poder contárselos a los demás vecinos.

—Soy escritora.

—Oh. —La mujer se alegró y le mostró su sonrisa desdentada—. Yo también escribo algo de poesía en mis ratos libres. Tal vez te gustaría leerla y darme algunos consejos.

—Lo siento, pero no escribo poesía.

—De todas formas me gustaría que la miraras.

No hay ningún escritor en el pueblo y tal vez tú puedas hacerme alguna crítica útil.

La señora la miró con ojos de cordero degollado, y Julie fue incapaz de negarse, a pesar de que sabía por experiencia que aquello le iba a traer futuros dolores de cabeza.

—Por supuesto. Pero ahora estoy un poco apurada. —Julie miró el *pack* de cervezas que permanecía inerte en las manos de la señora—.

¿Cuánto le debo?

—Serán doscientos cincuenta y ocho dólares con veinticinco centavos. Me llamo Lavinia Bailey. Si necesita cualquier cosa, puede llamar por teléfono y mi sobrino Benjamin se lo llevará a casa por una módica propina. ¿Cuál es su nombre?

Tal vez haya leído algo suyo.